

EXPEDICIONES Y HALLAZGOS EN LA ALTA CORDILLERA
DE LA PROVINCIA DE COQUIMBO (CERROS LAS TORTOLAS
Y DOÑA ANA), 1956-1958

POR LUIS KRAHL T. y OSCAR GONZÁLEZ F.

Nota de la Dirección: A pesar de hallarse proyectado un trabajo definitivo sobre este tema, se ha estimado de gran interés la inclusión, en este tomo dedicado a la arqueología de alta montaña, del texto —con muy pocas supresiones— del informe elevado por los autores a las direcciones de los Museos de Historia Natural de Santiago y Arqueológico de La Serena. Debo la remisión de su texto a la amabilidad del director de este último D. Jorge Iribarren Charlin.

Se agrega, como segunda parte, y en calidad de nota preliminar, los datos sobre las expediciones de diciembre de 1957 y enero de 1958, contenidos en el Noticiario Mensual N° 20 (Marzo de 1958) del Museo Nacional de Historia Natural, que agradezco a su directora la Dra. Grete Mostny.

Las fotografías de su principal hallazgo, la estatuilla, tomadas por L. Krahl, aparecieron en el artículo de René Naville "Sanctuaires Incas dans la Cordillere des Andes", Bulletin de la Société Suisse des Américanistes, N° 16, Septiembre de 1958 (Ginebra). Agradecemos a la Presidenta de dicha Sociedad, prof. Marg. Lobsiger-Dellenbach, el envío en préstamo de los diapos correspondientes y el permiso para su publicación.

Primera Parte:

INFORME DE LAS OBSERVACIONES REALIZADAS DURANTE
LA PRIMERA EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA DEL GRUPO
DE ALTA MONTAÑA DEL CLUB ANDINO DE CHILE DE
SANTIAGO A LA ALTA CORDILLERA DE COQUIMBO
(ENERO DE 1956)

A N T E C E D E N T E S

Antes de iniciar este informe de los resultados obtenidos por la primera Expedición Arqueológica, realizada por miembros del Grupo de Alta Montaña del Club Andino de Chile a la Cordillera de la

Provincia de Coquimbo, deseamos dejar constancia de cuáles han sido los motivos que han inspirado a nuestro grupo, para llevar a cabo una expedición de esta índole; como a la vez, expresar nuestros más sinceros agradecimientos, a todas aquellas personas que contribuyeron a la realización de esta empresa.

El deporte de montaña que no hace mucho se encontraba en estado embrionario, hoy lo contemplamos en el dominio de la roca y el hielo. Esto nos indica que se ha alcanzado un estado adulto, pero no la madurez. Es ahora entonces, cuando debemos orientar a la vanguardia del andinismo nacional al igual que las Instituciones europeas de Montañas, coordinando nuestras actividades, en estrecha relación con las Instituciones Geográficas y Científicas del país.

Es por eso que el Grupo de Alta Montaña ha considerado que ya no basta salir a la montaña con el simple objeto de alcanzar una cumbre y deleitarse con la maravillosa naturaleza; sino que debemos contribuir con un pequeño granito de arena al estudio de las diferentes ciencias que se relacionan con ella; ya que la naturaleza nos presenta el más grande de los laboratorios.

Así es como el grupo ha decidido dedicarse activamente a explorar y estudiar la Alta Cordillera de Los Andes, científicamente. Especialmente en lo que respecta a Glaciología, Cartografía, Arqueología y Geología.

En lo que se refiere a Arqueología, se está realizando un programa de exploraciones arqueológicas, con el único objeto de colaborar en forma totalmente desinteresada con el Departamento de Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural, que dirige a Dra. Grete Mostny. Contribuyendo de esta manera a incrementar las colecciones y datos de dicho Museo. Pues hemos considerado que este es el lugar donde deben llegar todos los informes, objetos y documentos de interés que se encuentren, para que estén al alcance de cualquier estudioso de estas disciplinas, que deseen consultarlas. Y no, que permanezcan ignoradas en colecciones particulares.

La idea de explorar la Alta Cordillera de Coquimbo, nació después de la participación de algunos miembros del Grupo en la Primera Expedición Científica-Andina al cerro El Plomo, con motivo del hallazgo de un niño quechua.

El principal motivo que nos hizo elegir esta zona, fue la información proporcionada por dos andinistas del Club Alemán de Ex-

ursionismo de Valparaíso, que efectuaron la primera ascensión deportiva al Cerro de las Tórtolas, de 6.332 mts.; ubicado en la cadena limítrofe de la provincia de Coquimbo. Cuyo relato aparecido en Revista Andina N° 77, es el siguiente:

"Tórtolas (6.332 m): Esta cumbre limítrofe, la mayor de la provincia de Coquimbo, fue escalada el 19-I-1952 por dos escaladores del Club Alemán de Excursionismo de Valparaíso. La ruta seguida, fue por el Valle de Elqui hasta el término del ferrocarril, en la estación de Rivadavia, luego, en camión a lo largo del río Turbio, hasta la unión del río de la Laguna y el valle que conduce a las Termas del Toro. Desde este lugar se continuó en mulas hasta la mina de cobre "Las Hediondas", a 3.200 mts. Heiuz Koch, participante de la ascensión tentó dos veces la cumbre. La primera vez con Herbert Dietz hasta un portezuelo alto, desde donde debieron regresar, agotados por los empinados acarreos y el fuerte calor, más de 30° sobre 0 (cero), que reinó en el día de la primera tentativa. Después nuevamente Koch, y esta vez con Edgar Kausel, intentaron la cumbre y ahora con éxito. Sin embargo, encontraron ahora condiciones desfavorables de mal tiempo. En la cumbre encontraron sorprendidos, una plataforma elíptica de unos ocho metros de largo por tres de ancho y en un ángulo de ella, semi-enterrado, un atado de leña carcomida. Los andinistas regresaron desde la cumbre por la misma ruta del acarreo, hasta la mina, después de dejar en la cumbre los datos del ascenso, encerrados en una lata.

En el mineral Las Hediondas, se les dijo que en la cumbre de la montaña que venían de escalar "aparecían indios", los cuales efectuaban ritos religiosos bailando sobre un plato de oro. En su relato, Koch, señala que, dado la facilidad del ascenso, esta cumbre ha sido visitada por los antiguos indios de la región diaguita o quichuas, pero es más posible que la plataforma se deba al trabajo de mineros, como es corriente en las cordilleras de Chile y Argentina".

Este relato, junto con los datos de trabajos arqueológicos efectuados en el Valle de Elqui, que demuestran que esta zona ha sido el centro de importantes núcleos de indígenas precolombinos, despertaron en el Grupo, un gran interés por explorar la Alta Cordillera de dicha zona.

Con este objeto, se estableció contacto con el Sr. Francisco Cornely, Director del Museo Arqueológico de La Serena, quien se interesó vivamente en la realización de dicha empresa, y a la vez que proporcionarnos antecedentes del lugar, nos presentó a algunos miembros de la Sociedad Arqueológica de La Serena.

La preparación de los miembros de la expedición comenzó con

más de un año de anticipación. Efectuando durante este lapso interesantes excavaciones y hallazgos, en lomajes y quebradas de la zona Central.

Durante este período, también, se realizó un viaje previo a la zona de los Baños del Toro, en noviembre de 1955, con el objeto de reunir mayores antecedentes, contratar animales y preparar el terreno, para la expedición que iría en los primeros días de enero.

Paralelamente a estas exploraciones, el Grupo se preparaba teóricamente, recibiendo un ciclo de charlas, dictadas por la Dra. Grete Mostny, quien accedió gentilmente a la petición hecha con tal objeto por el grupo.

La Expedición que duró 20 días, fue financiada en su mayor parte por los integrantes de la Expedición y por un aporte hecho por el Club Andino de Chile.

Antes de comenzar con el relato de la Expedición, queremos dejar constancia de nuestros agradecimientos a las siguientes personas e instituciones que nos ayudaron:

Al Sr. Humberto Fuenzalida, Director del Museo Nacional de Historia Natural, quien en todo momento nos estimuló a la realización de esta empresa; dándonos toda clase de facilidades en el Museo, poniéndonos en contacto con otras personas y facilitándonos instrumentos.

A la Dra. Grete Mostny, Jefe de la Sección de Arqueología y Antropología de dicho Museo, quien nos ha orientado con sus clases y en todo instante nos ha atendido cordialmente a nuestras consultas.

Al Sr. Francisco Cornely, Director del Museo Arqueológico de La Serena, quien nos facilitó el camino a la Expedición, solucionando los problemas que se presentaban.

Al Sr. Federico Scheffer, miembro de la Sociedad Arqueológica de La Serena. Estudioso y decidido colaborador de la Expedición, a quien el Grupo le debe la invaluable cooperación prestada en aquella oportunidad. Dueño de grandes extensiones, puso a nuestra disposición, animales y monturas.

Al Instituto Geográfico Militar, que por intermedio del Teniente Coronel Alfonso Alfaro, Jefe de la Sección Geográfica, puso a nuestra disposición todo el material cartográfico y aereofotogramétrico existente, de la región.

Finalmente vayan nuestros agradecimientos y admiración, para aquellos esforzados hombres, los arrieros que nos acompañaron. Más

que arrieros fueron compañeros, supieron en todo momento compartir las responsabilidades y alegrías, conscientes de su deber. Ellos son Carlos Alcayaga, Carlos Díaz y Juan Díaz, arrieros que creemos no volver a encontrar en otro lugar de la cordillera.

RELATO DE LA EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA

a) *Noviembre 1955.*— Cuando aún no se hace presente la luz del día, un centenar de kilómetros del Valle de Elqui ya han quedado rezagados. Nos dirigimos a los Baños del Toro, con el objeto de observar el terreno de la futura expedición. Rápidamente pasan los pueblos del valle, con sus rasgos inconfundibles y características que le imprimen un sello autóctono. A medida que nos internamos, se van acentuando los rasgos de la Sierra, que se ven reflejado en el rostro de sus habitantes, que día tras día reciben el constante e implacable azote del viento y de las bruscas fluctuaciones térmicas. Pero eso no es obstáculo para que luchen por subsistir, ahí lo vemos, en las quebradas más abruptas y lugares más apartados, sus plantaciones y viñedos reflejan su esfuerzo, que se ven plenamente compensados por las prodigiosas tierras. Varios pueblos y caseríos valle adentro, hasta alcanzar unos ranchitos a orillas de un pequeño huerto, que refleja la primavera en todo su esplendor: estamos en Balala. Ya en estos lugares cerca del término de la Quebrada de Ingahuás, se divisan pequeñas terrazas de cultivo, que nos recuerdan a los antepasados precolombinos del altiplano, y que en la actualidad son trabajadas.

Momentos más tarde llegamos a la "Boca del Toro", lugar en que observamos varios morteros y manos de moler, recolectados de otros lugares cercanos por el arriero Juan Díaz.

El motor hace un esfuerzo más y remontamos la cuesta. El colorido del paisaje es inolvidable, a pesar que el día gris no nos permite apreciarlo en su verdadera magnitud. Hemos llegado a nuestro destino, aquí están los Baños del Toro, con sus maravillosas aguas termales, deladoras de una actividad volcánica que aún duerme el sueño de los siglos.

Desde este lugar hicimos un recorrido por el cajón del Toro Muerto, encontrando abundantes vegas y varios guanacos, como también pequeños pirqueríos. Al día siguiente remontamos unas lomas

cercanas, alcanzando hasta una altura de 4.000 metros. Desde este lugar pudimos apreciar y estudiar la zona, cuyas cumbres principales y lomajes se encontraban aún bajo el manto blanco de las nieves del último invierno.

También hicimos un reconocimiento a un lugar denominado "La Taza", ubicado a unos 3.000 mts. de altura y a varios kilómetros de los Baños. En este lugar existe un "tamberío" más o menos grande, con varias pircas y casas de piedra, existiendo a un costado de ellas una laguna pequeña, desde la cual se divisa la imponente faz oeste del cerro de Las Tórtolas.

Las conclusiones que se obtuvieron de este viaje previo, fueron las siguientes: 1) Se pudo apreciar que la altura media en que se encuentran con más frecuencia restos arqueológicos, que evidencian la existencia de núcleos primitivos de cierta importancia, fluctúa entre 3.000 y 3.800 metros sobre el nivel del mar. Es decir, en todos aquellos lugares donde existen pequeñas lagunas y abundantes vegas, como también la presencia de bloques pétreos, que sirvan de apoyo para las construcciones de pircas o casas de piedra, ubicadas en las quebradas y cajones protegidos del viento y de los posibles ataques. 2) El campamento central de la Expedición debía estar ubicado en los Baños del Toro (3.340 m), por ser este punto equidistante de las zonas a explorar, especialmente de los cerros de Doña Ana (5.690 m) y de las Tórtolas (6.332 m), como también por las facilidades de acceso hasta este lugar en vehículo motorizado. 3) Se vió que bastaba con dos grupos: uno recorrería la región del Cerro de Doña Ana y valles adyacentes; el otro efectuaría una exploración por el Río Vacas Heladas, hasta alcanzar su objetivo principal, el cerro de las Tórtolas, en el que debería examinar el origen y características de la plataforma existente en su cumbre.

b) Enero-Febrero 1956.— En la madrugada del día 14 de enero partía de Santiago parte de la Expedición, con una camioneta en la que se llevaba todo el equipo, víveres y pasto para las mulas. Después de siete horas llegamos a Serena, donde nos entrevistamos con el Sr. Francisco Cornely. En esa oportunidad se nos comunicó que el Sr. Federico Scheffer nos estaba esperando en los Baños, pues había partido el día anterior.

Esa tarde continuamos viaje, hasta que cayeron las últimas luces del día. Al día siguiente, rápidamente pasaron Vicuña, Diaguita, Rivadavia, hasta alcanzar Huanta, donde está la Aduana; este es el

último retén de carabineros, es nuestro resguardo fronterizo. Después de unos breves momentos reiniciamos el viaje. Nuevamente el paisaje se nos presentaba con todas sus fuerzas, los múltiples colores de las laderas andinas contrastaban con el verde intenso de la vegetación de una que otra quebrada. Pero ahora las condiciones climáticas se presentaban distintas a las de noviembre. En el fondo de los valles a medida que avanzábamos, la temperatura nos sofocaba; mientras que en las altas cumbres y lomas, ahora totalmente desprovistas de nieve, el fuerte viento azotaba y desgarraba los cúmulos, trasladándolos de un lugar a otro velozmente. De pronto emergió ante nosotros la imponente pirámide del cerro de las Tórtolas, con su cumbre coronada por negros cúmulos.

Poco más allá, nos encontramos con Don Federico Scheffer, quien regresaba a Serena. El nos había contratado los arrieros y dejado algunos de sus animales a nuestra disposición. En esta oportunidad nos dio la bienvenida a nombre de la Sociedad Arqueológica de La Serena, formulando votos por el éxito de la Expedición.

Ya en los Baños, comenzaron los preparativos para salir a recorrer la zona. Esa noche llegó el resto de la expedición en dos jeeps.

El lunes 16, tres de los integrantes efectuaron la ascensión a la "Loma del Azufre" de 4.490 mts. Nos internamos por el Río Malo; su nombre está muy bien puesto, pues sus aguas son pésimas, están contaminadas con sales minerales que le dan un tinte rojizo. El cajón se estrecha, hasta una angostura que forma un pequeño cañón, roído por las aguas turbias del río. Un pequeño esfuerzo y vencimos este paso, remontándonos en seguida, por las laderas cubiertas de vez en cuando con algunos matorrales y arbustos. El cielo se cubría lentamente por cúmulos. La loma cumbre ya se divisaba, cuando bruscamente la tranquilidad se interrumpe, una pareja de estilizados guanacos que reposaban apaciblemente en su reino, salieron disparados. ¿Por qué esta fuga? La respuesta está en nosotros mismos, nosotros somos los representantes de su peor enemigo —el hombre— que los persigue hasta los últimos rincones con afanes lucrativos o meramente deportivos.

Ya el sol se aproximaba al ocaso, cuando pisábamos la enorme plataforma de la loma del Azufre, barrida por los vientos día y noche; es una terraza maravillosa para contemplar ese grandioso panorama. Al sur-este teníamos el Tórtolas, imposible de verle su cara, las nubes lo cubrían formando un verdadero arco de cúmulos en dirección sur-

este, nor-este, con el cerro Doña Ana. Al igual que días anteriores estas nubes se disipaban al anochecer. Después de captar algunas fotos y efectuar algunas mediciones, regresamos, ya oscuras, a los Baños.

A la mañana siguiente las mulas eran aparejadas; la carga consistía en víveres y equipo para permanecer durante ocho días en el terreno. Nuestro objetivo era instalar un campamento base en el cerro de las Tórtolas. Recorrimos largas horas a lomo de mula. El paisaje con su soberbia belleza desértica a cada instante nos presentaba enormes bloques pétreos deformados por la acción eólica del viento, cuyas fuerzas las reflejan los pequeños arbustos de gruesos troncos aparragados, como si alguien no les permitiese erguirse. Pronto pasamos por la mina de cobre Las Hediondas, que desde hace algunos años está paralizada; ahí vemos enormes instalaciones y grandes capitales invertidos, totalmente abandonados.

Llegamos a un lugar denominado "Los Escarchales" a 3.850 metros. A orillas de un arroyo instalamos nuestro campamento. En los alrededores encontramos varias pircas y gran cantidad de sílices, cornalinas y otras variedades de cuarzo, exparcidas por los terrenos de aluvión; material idéntico al que están hechas las flechas o dardos, que se encuentran dispersas en cantidades por los más remotos lugares.

Esa noche, junto al ruido acogedor del anafe y bajo un cielo tranquilo y despejado, los arrieros nos relataban sus tradiciones y leyendas montañosas y lngareñas, algunas tan interesantes como "La Cuca Mula"; la de la "Piedra del Guanaco" (un petroglifo cerca de Hnanta); y otras que decían relación con el Cerro de Las Tórtolas. Según ellos ningún nativo o minero subía a dicha montaña, porque estaba embrujada, salían fantasmas indios a recorrer sus laderas, se montaban al anca de la mula de los que intentaban acercarse, la mula se detenía y relinchaba; y el que lograba desafiarlos, era envuelto por la tormenta que se desataba. Continaban diciéndonos que en el bajo hablaban que una vez se vieron bailar indios en la cumbre del cerro.

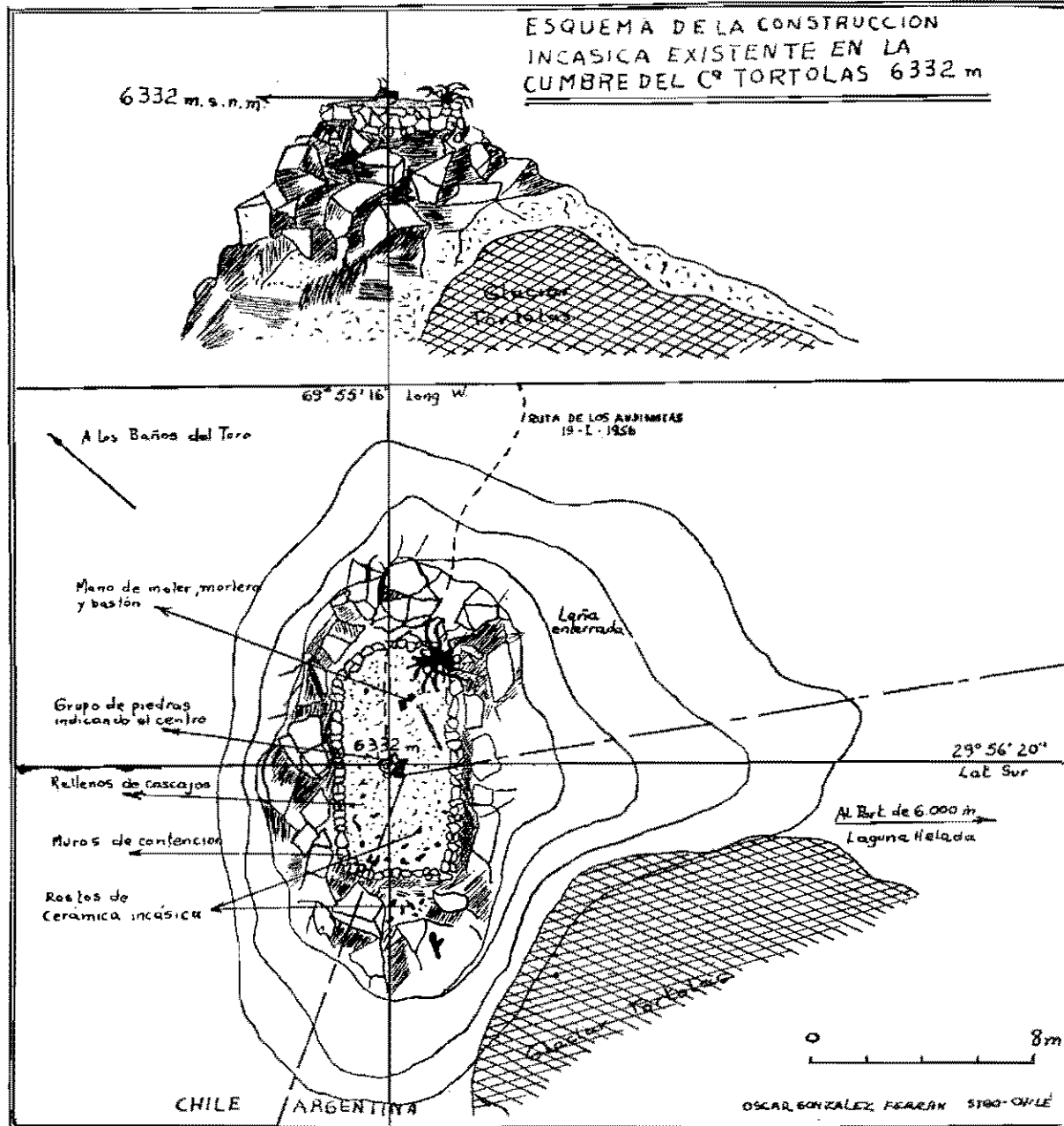
Al día siguiente salimos a instalar el campamento alto. Los arrieros se abrieron paso a través de lomas y quebradas, hasta alcanzar los primeros contrafuertes del Tórtolas. Apenas pasado el medio día nos detuvimos en un lugar, junto al cual existía un pequeño campo

de nieve penitente, que nos aseguraría el abastecimiento de agua, además estaba protegido del viento por unos farellones, lugar ideal para instalar el campamento. Los arrieros descargaron y regresaron al campamento de los Escarchales.

Ahora estábamos envueltos por la bruma y cúmulos, que día a día se venían observando y que cubrían totalmente la cumbre. Como a las cuatro de la tarde se desencadenó una escarchilla, cubriendo levemente las laderas de la montaña. El viento, la escarchilla y la baja temperatura, nos obligaron a introducirnos en las carpas, sin poder reconocer el terreno. El campamento estaba ubicado a 5.000 s.n.m., en la ladera noreste del macizo.

Jueves 19 de enero.— Son las siete de la mañana, el cielo está totalmente despejado, la quietud y claridad del amanecer reflejan una atmósfera escarchada, como que en efecto, la temperatura del aire en ese momento es de $-17,5^{\circ}$ bajo cero. En estas condiciones salimos de nuestras carpas, los zapatos casi no se pueden poner, están duros, todo está congelado, sólo una cantimplora que ha sido guardada en el interior de un saco de dormir nos hace posible preparar una rápida taza de café. No nos queda otra cosa que caminar, para calentar el cuerpo.

Iniciamos la ascensión a las 7,45 h. En el campamento han quedado dos compañeros. Aún no aparece el sol, el terreno de las laderas está duro, las piedrecillas congeladas por la baja temperatura y por la escarchilla caída el día anterior hacen dificultosa y lenta la marcha. A la hora de marcha, alcanzamos un pequeño portezuelo, ubicado al sur del paso de las Tórtolas; aquí recibimos los primeros rayos solares que no logran eutibiarnos. En este lugar desisten nuevamente dos compañeros. El viento comienza a soplar, por lo que reiniciamos inmediatamente la ascensión, tomando un enorme acarreo al nor-este del macizo, que nos da la impresión que conduce directamente a la cumbre, y que no refleja lo que es la imponente cara oeste de la montaña. Por el contrario, se presenta facilísima y sin dificultades, a tal punto, que nos hace recordar los fáciles acarreos del cerro "El Plomo". Lentamente vamos zigzagueando por el enorme acarreo; a medida que ascendemos, el viento aumenta en intensidad. La ladera de la cumbre oriental del cerro presentaba un color acerado, sus piedras reflejan el brillo de la escarcha. Hemos pasado los 6.000 metros, la marcha se hace más lenta, el mal tiempo se aproxima a cada instante, las nubes nos envuelven. El frío nos agota,



hasta que enfrentamos un roquerío empinado, de unos ochenta metros de altura; parece ser éste el tramo final, los cúmulos pasan a ras de él desgarrándose, un esfuerzo más y se nos termina el cerro. He aquí nuestra gran sorpresa, al encontrarnos frente a ese inmenso espacio en que nada logra sobrepasarnos para romper ese horizonte en que van a morir montañas y valles. Junto a nosotros, coronando ese magnífico mirador, encontramos una construcción idéntica a la tumba del cerro El Plomo. Una enorme pirca de unos ocho metros por cuatro, con muros de contención, que se elevan un metro más sobre la cumbre de la montaña. Está rellena con cascajos, traídos de los acarreos cercanos. En su extremo nor-este, hay un enorme atado de leña semienterrada en el cascajo del relleno. Intentamos extraer algunos leños, sin lograr conseguirlo. En la superficie del relleno y cerca del centro, encontramos un mortero y una mano de moler, al igual que un bastón, que quebramos, para introducirlo en nuestra mochila. (Ver croquis de la cumbre y de los objetos). Intentamos tomar algunas fotos, pero el obturador estaba congelado, por lo que aumentamos la velocidad al disparador, logrando de esta manera captar sólo tres fotos, ya que las manos se ponían insensibles por la baja temperatura (-12° C a las 14,30 hrs.). De pronto nuestra vista se clavó con sorpresa sobre la superficie del relleno. Un trozo de cerámica con engobe y dibujos, junto a él varios bordes de aríbalos y fragmentos de plato, que recogimos rápidamente. (Ver láminas con croquis de los más importantes fragmentos de cerámica recogidos). También divisamos un enorme planchón de hielo, que cubre la ladera sur-este de la montaña, y que nace a pocos metros de la cumbre y bordea hasta un portezuelo de 6.000 metros, en que se observaba una laguna helada. Este portezuelo queda entre la cumbre oriental y la occidental (principal). El ventisquero desciende hasta más o menos 5.000 m.

La baja temperatura, el fuerte viento y la amenaza del temporal, apenas nos permitieron permanecer 20 minutos en la cumbre, obligándonos a descender rápidamente.

La cumbre de 6.332 metros fue alcanzada el 19 de enero, a las 14,15 h. por Bion y Oscar González, después de una fatigosa jornada de siete horas continuadas de marcha, desde el campamento alto a 5.000 metros. De ella retiramos una insignia del Club Alemán de Valparaíso, dejada por los andinistas Edgard Kausel y Heinz Koch, quienes efectuaron la primera ascensión deportiva el 19 de enero de

1952, o sea nosotros, subimos a la cumbre justamente cuatro años después.

El descenso fue violento, en menos de tres horas nos encontrábamos de regreso en el campamento alto. Ahí estaban nuestros compañeros y los arrieros, preocupados por nuestro regreso. Ya el temporal estaba desatado. Después de un breve descanso, se levantó el campamento y se continuó viaje, hasta el campamento base de los Escarchales ubicado a 3.850 metros. Llegamos a las carpas cuando ya el temporal se desplazaba hacia el norte y los últimos rayos del sol doraban el atardecer.

El 20 de enero se levantó dicho campamento y se reconoció el Valle que forma el río Vacas Heladas. Llegamos hasta una majada ubicada al término del estero de Las Tórtolas. En los alrededores encontramos varias pircas, gran cantidad de lascas trabajadas y fragmentos de cerámica utilitaria. En la majada, los puesteros nos atendieron muy bien, nos dieron queso, pan y leche fresca, que hacía algunos días no veíamos.

El curso superior de este valle, corre casi paralelo a la Cordillera limítrofe, y cuenta con abundantes vegas y buenas aguas.

La marcha se reanudó, con el objeto de alcanzar ese mismo día el estero del Tambo, por el cual nos remontaríamos hasta el Paso de la Deidad. La marcha era lenta, bordeando siempre las aguas del estero. Era impresionante ver la enorme cantidad de burros muertos, de los cuales sólo quedaba el cuero pegado a los huesos. Según nos informaron los arrieros, estos fueron sorprendidos por un temporal en un invierno de años atrás. Cuando los inviernos eran buenos, se salía el río y auegaba los campos del bajo valle, no como ahora que eran malos, los años eran secos. Continuamente se nos cruzaban manadas de guanacos, pero la mayor de ellas la encontramos al llegar a un enorme tamberío, junto al cual instalamos el campamento por lo avanzado de la hora. Aquí hay abundantes vegas y buenas aguas. Nuevamente el fogón de llaretas, el ruido del anafe, los comentarios, leyendas y anécdotas, mientras otros se dedicaban a la caza nocturna de patos silvestres.

Al día siguiente se inició la exploración de ese enorme tamberío constituido por más de 30 casas de piedras y pircas; algunas daban la impresión de ser tumbas saqueadas, a orillas de las cuales se encontraban enormes cantidades de cerámica utilitaria totalmente destrozada, de todas dimensiones y espesores, algunas con engobe eu

los bordes e interiores, etc. De igual manera, pero esparcido por todos los lugares, se encontraban flechas de diferentes tamaños, y el resto de cuarzos, sílex y vistosas cornalinas con huellas de desbastes. Todo este conjunto deja la impresión que aquí vivió un poblado de cierta importancia, pero algo primitivo.

En la madrugada del día siguiente se desarmó el campamento, para regresar a los Baños. Se remontó la Loma del Azufre, hasta caer por una quebrada al río Malo, por donde se continuó descendiendo, hasta salir a los Baños del Toro.

A manera de descanso, el día 22 nos dirigimos a la entrada del Valle de Piuquenes, con el fin de observar unos arenales, que según dicen los arrieros, ahí se encuentran muchas de las piedras que nosotros recogimos, refiriéndose a las flechas. Una vez en los arenales de Piuquenes, no pudimos efectuar ninguna excavación, pues la temperatura era tan alta que nos tenía completamente agotados. Ese mismo día regresamos por la noche a los Baños.

Por motivos particulares, el resto de la Expedición regresó a Santiago, quedando solamente dos andinistas para continuar la labor de exploración. Esa misma tarde, los que quedamos en los Baños recorrimos la quebrada del Cruzadero, que dista unos siete kilómetros de los Baños, con el objeto de ver algunas pircas, las que a pesar de su enorme antigüedad, demostrada por los desniveles del terreno, dejaban la impresión de haber pertenecido a arrieros.

El día 25 de enero, con las primeras luces del día, salimos a lomo de mula por el cajón del Toro Muerto, pasamos por la entrada de la quebrada Pastalito, en cuyas laderas se encuentra la famosa yerba "chachacoma", buena para la puna. Nos remontamos por las laderas del cerro Escabroso, para salir el nacimiento del Valle Piuquenes. Nuevamente bordeamos el Escabroso, hasta alcanzar el portezuelo de Doña Ana (4.661 m). Desde aquí tuvimos una visión total de la faz sur-oeste del Doña Ana, que era nuestro próximo objetivo. Se podía ver claramente el portezuelo de Tilito de 4.156 m. Captamos una panorámica, efectuamos diversas mediciones y regresamos, recorriendo la ladera oriental del cerro Cumbre Nevada de la Cordillera de Doña Ana. Llegamos hasta las abundantes vegas de Piuquenes. Cerca de su nacimiento hay dos pequeñas lagunas, en cuyas cercanías hay varias pircas totalmente destruidas y cubiertas de guano; entre sus escombros encontramos flechas y restos de cerámicas. En las lagunillas habían varios piuquenes con polluelos.

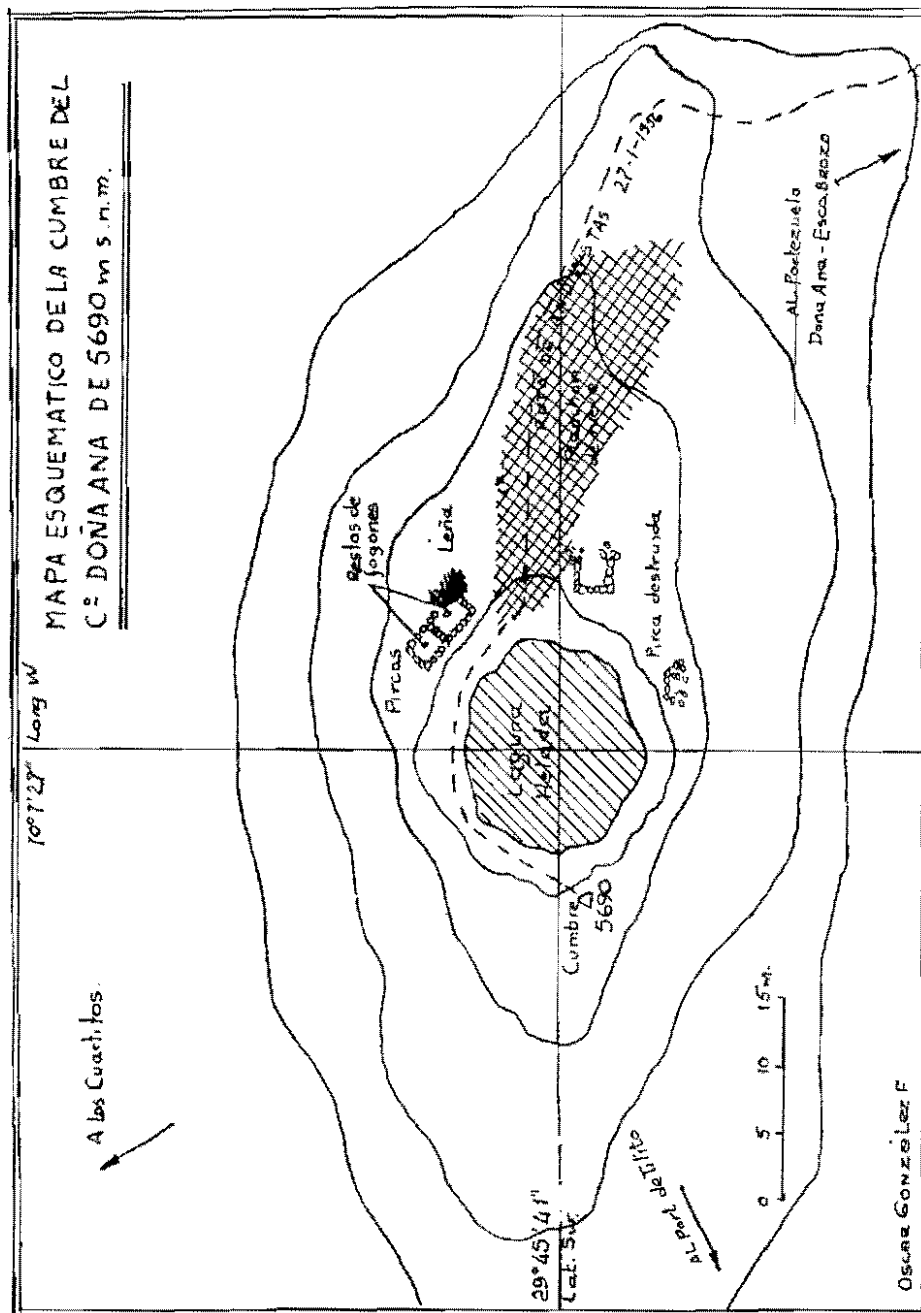
Continuamos el descenso por varios lomajes, hasta salir por el sur-oeste a los Baños del Toro. Este recorrido de circunvalación se efectuó a lomo de mula, empleándose una sola jornada de trece horas. Después de este recorrido, pudimos apreciar la verdadera maravilla y bondad de las aguas termales de los Baños.

Como resultado de esta exploración, se decidió salir a instalar un campamento alto al Doña Ana, pero siguiendo el cajón que continúa al oeste en fondo del Toro Muerto, y que seguramente nos llevaría a un portezuelo existente entre el Doña Ana y el Escabrozo.

El día 26, salimos con todo el equipo y víveres necesarios a cumplir nuestro objetivo. Nos remontamos por el Toro Muerto, cajón de Doña Ana, hasta alcanzar el portezuelo indicado, donde instalamos un campamento a 4.800 mts. de altura. El viento soplaba fuerte y reforzamos nuestras carpas. El terreno daba una impresión extraña, estábamos en medio de un terreno volcánico, su evidencia era indiscutible, la enorme cantidad de material piroclástico que cubría sus laderas reflejaban una antigua actividad volcánica.

Al día siguiente, a las 8,30 h., cuando ya el sol estaba alto, salimos rumbo a la cumbre. Nos encaramamos con cuidado por un roquerío, que nos dejó inmediatamente en el filo que conducía a la cumbre, evitándonos de esta manera un largo rodeo, que habría tardado algunas horas. En este filo encontramos restos de leña. Después de cuatro horas de ascensión, alcanzamos la cumbre de 5.690 metros del Doña Ana.

En la cumbre se pudo comprobar la existencia de una serie de enormes pircas (ver croquis de la cumbre), que en nada se asemejaba a la construcción de la cumbre del Tórtolas. Junto a la mayor de ellas había un enorme atado de leña. Pero lo más interesante, es que en la misma cumbre se encontraba una laguna helada, de más o menos doce metros de diámetro. Todo el material de la cumbre es de origen volcánico, grandes piedras porosas con incrustaciones de obsidiana daban la impresión de escorias o bombas volcánicas. Las pircas están construidas de este mismo material. Permanecimos una hora y media en la cumbre, excavamos en el interior de las pircas, encontrando solamente ceniza de antiguos fogones, el piso era duro, la escarcha con las piedras formaban un verdadero concreto. En esta cumbre no encontramos ningún resto de cerámica. Emilio Vicens y Oscar González, los escaladores, recogieron las tarjetas dejadas por los Sres. Federico Schaeffer y Hermanos Cariola, que ascendieron



dicha cumbre el 8 de febrero de 1953, siguiendo la ruta de Huanta, quebrado de Tilo hasta el portezuelo de Tilito.¹

Regresamos rápidamente al campamento, donde ya los arrieros nos esperaban; almorzamos, levantamos el campamento y descendimos, pues ahora se aproximaba un temporal de ciertas proporciones, que avanzaba desde la costa. Al atardecer llegamos a los Baños.

No se insistió en subir el cerro Escabrozo, por ser este una cumbre vasalla del macizo del Doña Ana, que quedaba a sólo 600 m desde el campamento, por suaves acarreo; pero también influyeron en nuestra decisión las malas condiciones atmosféricas. El temporal se desató en la noche y continuó hasta la tarde del día siguiente, cayendo sobre los Baños una pequeña nevada y granizos.

Los días siguientes, se dedicaron al embalaje del equipo, para regresar a Santiago, viaje que se efectuó en auto del compañero Luis Krahl.

La construcción existente en la cumbre del Cerro Las Tórtolas.—

La pirca de piedra que se encuentra en la aguzada cumbre del cerro Tórtolas, es en todo semejante a las construcciones sobre la planicie cumbre del cerro Plomo. Son construcciones hechas de bloques de piedras, de no más de 20 a 25 Kg. de peso, de cantos vivos y de todas formas, que fueron colocadas unas sobre otras de manera de formar murallas de 60-80 cm de espesor. Estos muros forman aproximadamente un rectángulo cuyo eje mayor está dispuesto en ambos casos de norte a sur y ligeramente inclinado hacia el nor-oeste (22° con respecto al norte magnético en el caso del Plomo); y de medidas totales muy similares en los dos lugares. El interior de este rectángulo (o más bien, trapecio) está relleno hasta el borde superior de los

1 En el cerro Doña Ana el único antecedente conocido lo proporcionó la ascensión del padre Sagüez, cura Párroco de Vicuña que en compañía de Angelino Castro la efectuó en el año 1870. Según informes indirectos consta que: "En una especie de plazoleta hicieron una excavación de poca profundidad, porque el terreno era muy duro y no les dejaba trabajar. No obstante alcanzaron a extraer una figura de hueso en forma de guanaco y una esculturita de plata, al parecer de mujer, semejante a los ídolos de los quechuas".

El aspecto que presenta la cumbre del Doña Ana en la actualidad es bien diferente. En lugar de la plazoleta existe ahora un enorme agujero cónico lleno de nieve y hielo en cuyas cercanías se hallan 4 grandes pircas de alojamiento con restos de tablas, sacos, leña y otros indicios típicos de unimeros.

Numerosas piedras tronadas prueban que se hizo volar la construcción indígena con dinamita en busca de posibles tesoros perdiéndose así para siempre toda posibilidad de estudio de este valioso lugar arqueológico. (Mus. Nac. Hist. Nat., Not. Mens. N° 20).

muros de contención con una capa de tierra y piedrecillas, que en el caso del cerro El Plomo fue llevada hasta la cumbre desde lugares situados más abajo de ella, y en el caso del Tórtolas no cabe duda al respecto, porque los últimos 80 a 100 m de la pirámide final se componen exclusivamente de bloques de roca de ciertas dimensiones, de modo que el relleno de la pirca, forzosamente hubo de traerse desde niveles inferiores. Vale la pena meditar aquí un momento, en el extraordinario esfuerzo que significa subir en primitivos capachos de cuero un total de más o menos 30 m³ de tierra y ripio, que significa aproximadamente 90 toneladas, a una altura mínima de 100 metros. Hay que observar que este trabajo se realizó a 6.300 m de altura, en un aire enrarecido y falto de oxígeno, soportando intensos fríos y fuertes vientos y sin el equipo adecuado. Si suponemos en 20 kg la cantidad de material subida, en cada viaje, por individuo, tendríamos un total aproximadamente de 4.500 subidas y bajadas, de esta parte final del cerro Tórtolas.

Hoy día nos sentimos ridículamente importantes, cuando por finalidades meramente deportivas llegamos en algunas ocasiones hasta la cumbre de estos cerros.

En el Plomo había un total de tres construcciones en su cumbre, pero es probable que las dos menores no fuesen enterratorios, porque no había rastros de material de relleno, o tal vez eran enterratorios que fueron abandonados antes de completarse su construcción; en el Tórtolas existe una sola pirca rellena, porque no hay más espacio disponible en su cumbre para otras construcciones.

Fragmentos de Cerámica.— Recordemos que en el cerro El Plomo se encontró una gran cantidad de fragmentos de cerámica, no en la cumbre misma, porque ésta ya estaba saqueada y el terreno removido, sino en un fogón, junto al adoratorio, situado a 5.200 m. Parte de estos trozos, entre los que se hallan asas de platos incásicos quebrados y fragmentos con dibujos policromos, se encuentran en poder del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, y otra parte, obtenida durante una ascensión posterior (febrero 1956), se encuentra a cargo de la Dra. Grete Mostny en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Entre estos últimos, se encuentra un trozo de plato incásico dibujado con el motivo característico y varios bordes de arbalos pequeños; todos estos fragmentos estaban semi quemados.

En la cumbre del Tórtolas, los fragmentos de cerámica estaban repartidos sobre y a un lado de la pirca, y su forma y dibujo son en todo similar a los encontrados en el adoratorio de El Plomo. En el Tórtolas había además otros objetos, que no fue posible encontrar en El Plomo, por lo removido que estaba el relleno, como por ejemplo, un mortero de piedra con su mano correspondiente y un atado de leña semi enterrado en una esquina de la pirca (ver croquis adjuntos).

Como el resultado del presente estudio, estimamos que existen probabilidades de encontrar en el interior del relleno de la pirca, en el Tórtolas, objetos de interés arqueológico, semejantes a los que se bajaron de la cumbre de El Plomo, en perfectas condiciones y estado de conservación; y es por este motivo que se intentará en la próxima temporada de verano, ascender nuevamente dicho cerro, para excavar el relleno con el objeto de aportar un eslabón más en el conocimiento de la época precolombina de Chile.

Santiago — Setiembre de 1956.

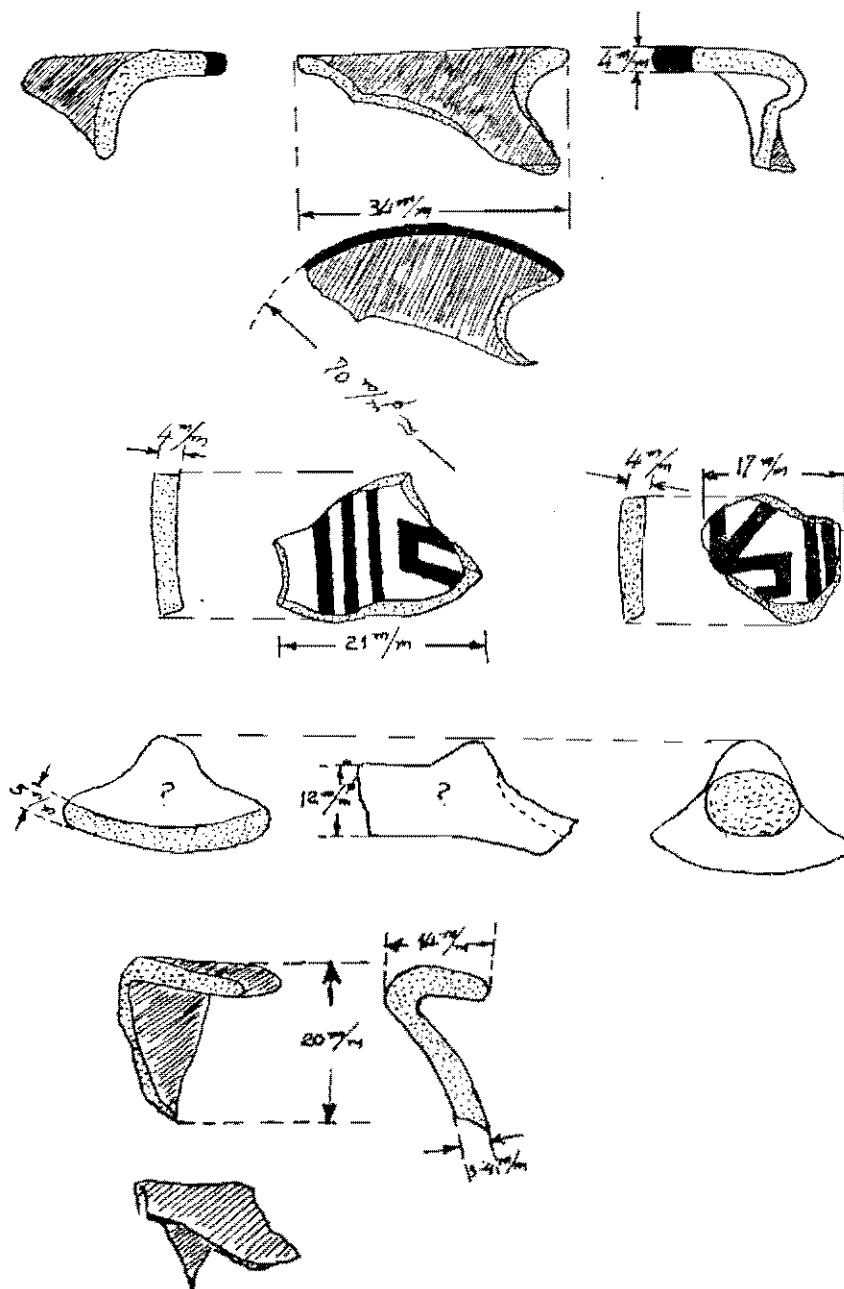
Segunda Parte:

*HALLAZGOS DE LA SEGUNDA TEMPORADA
DE EXPLORACIONES*

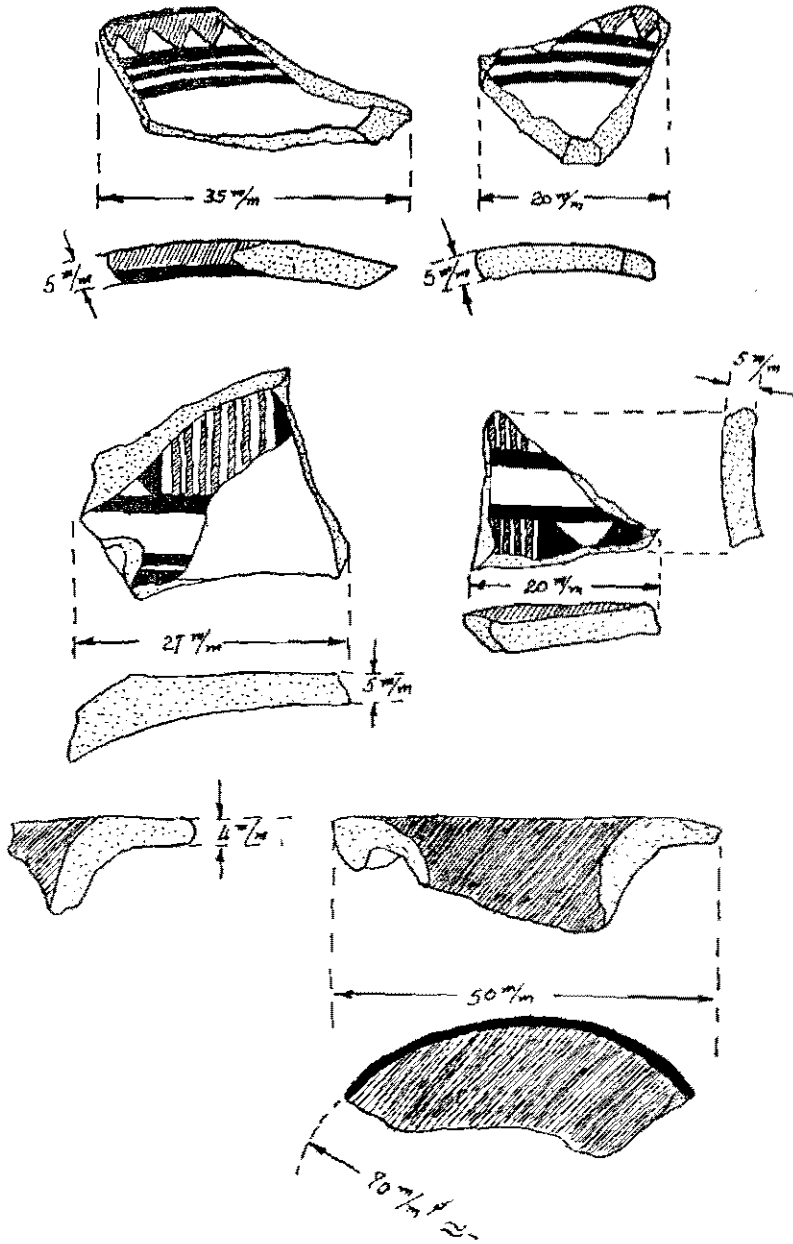
(Diciembre 1957 y Enero 1958)

(Informe preliminar)

En la cumbre del cerro de Las Tórtolas se encuentra una plataforma artificial en forma de un trapecio con la base al lado sur de 6 m de ancho, los costados de 9 m de largo y la parte superior al lado norte de 4 m de ancho. La superficie de la plataforma estaba dividida en forma radial en tres secciones por hileras de piedra con la mayor de ellas al centro. Superficialmente se encontraron numerosos fragmentos de cerámica decorada con motivos típicos incásicos, varias piedras utilitarias en forma de martillo y otras con aspecto de hachas rudimentarias; un mortero pequeño y plano con su respectiva mano de moler, bastones quebrados por su mitad y un atado de leña de "varillas" (arbusto que crece en la zona entre los 2.000



Fragmentos de cerámica de la cumbre del cerro Las Tórtolas (se indican las medidas).



Fragmentos de cerámica de la cumbre del cerro Las Tortolas.

y 3.500 m) semi enterrado en la esquina nor-este de la plataforma. La construcción en sí está compuesta de piedras de todos tamaños (alguna de ellas de 300 kg de peso), provenientes de la misma cumbre o de lugares cercanos a ella y colocadas más o menos en orden unas sobre otras a través de toda la plataforma. El espesor de la construcción varía entre 30 cm que es la altura del borde en el extremo sur-oeste, y 1,80 m que fue la máxima profundidad excavada en el lado norte. Los huecos entre las piedras están rellenos con arena de color amarillento cuya procedencia aún no se ha establecido, así como ripio fino, y en el relleno del piso abundan los restos de fogones así como trozos de cordel de pelo trenzado, paja, pasto, plumas, trozos de cuero y hasta lauchas con sus nidos. Todo ello conservado como si el tiempo no hubiera pasado, ya que hasta las hebras de pasto se mantienen verdes y flexibles como recién cortadas.

El principal hallazgo lo constituyó un ídolo tallado en un trozo de concha marina de color rojo de 4 cm de altura vestido con diversos ropajes en miniatura, tejidos y bordados en varios colores, con una pequeña bolsa para la coca muy finamente elaborada colgada de un hombro y con un tocado de plumas negras detrás de la cabeza. (Fotos 1 y 2). Este ídolo se hallaba enterrado a 110 cm de la superficie en la parte central "del sector norte protegido por arena fina y rodeado de piedras de formas muy regulares aunque no trabajadas y que no pertenecían al material rocoso que forma la cumbre del cerro".

Unos 300 m más abajo en un portezuelo a 600 m situado en el filo que une la cumbre principal con una secundaria hacia el Nor-Este, se encontraron también un atado de leña y varios palos de 2 a 3 m de largo, que prueban cuál era la ruta de ascensión de los indígenas constructores de la plataforma cumbre. A 5200 m en los lomajes al lado norte del cerro, se encuentra una pequeña laguna muy bien protegida del viento en una hondonada rodeada de promontorios rocosos y junto a ella se ubicaron restos de pircas de alojamiento con pequeños fogones en su interior y algunas piedras utilitarias del mismo tipo que las halladas sobre la plataforma de la cumbre.

* * *

Algunos datos respecto a las expediciones mismas servirán para comprender mejor la magnitud de la labor realizada durante la permanencia en el terreno de un total de 69 días, entre 1956 y 1958:



FOTO 1. -- Estatua hallada en 1958 en el interior de la construcción del cerro Las Tortoias.
(Foto L. Krahl; cliché Soc. Suisse des Américanistes.)

Fueron ascendidos: 6 veces el cerro de Las Tórtolas (6332 m), 3 veces el Doña Ana (5690 m); 1 vez una cumbre de la cordillera de la Punilla (5300 m). Además, se recorrió en reconocimiento y estudios un área de 1500 km² investigando la casi totalidad de las quebradas y lugares de posible ocupación precolombina, recorriendo para ello una distancia de alrededor de 600 km a lomo de mula.

Comparando los recientes descubrimientos del Cerro de Las Tórtolas con los del Cerro del Plomo (1954), se presentan varias características comunes, que no detallaremos aquí. (Ver G. Mostny (Editor), *La Momia del Cerro El Plomo*. Bol. Mus. Hist. Nat., t. 27 N^o 1. Santiago, 1957; también Centro de Est. Antropol. Univ. de Chile, "Arqueología Chilena", Publicación N^o 4. Santiago, 1958).

A P É N D I C E

LAS TÉCNICAS DE LA INDUMENTARIA DE LA ESTATUILLA HALLADA EN EL CERRO LAS TÓRTOLAS

POR MARÍA D. MILLÁN DE PALAVECINO *

La apariencia es muy semejante a otros ajuares de estatuillas provenientes de hallazgos de altura y cuyo material he analizado directamente. En este caso, la observación he debido hacerla sobre las fotografías; no pueden estudiarse las fibras, ni colores, ni porcentajes de hilos. Pero sí se han constatado las técnicas textiles que resultan ser idénticas en un todo, a otras técnicas de ajuares descritos en este mismo tomo. El ajuar está integrado por manta, bolsa, tocado, y cordeles. Cada pieza tiene estos caracteres:

Manta: Envoltura de la figurilla. Técnica en "punto de poncho", o *warp face* o faz de urdimbre o trama cubierta. Borde de terminación: de varios colores alternados a cortos espacios, hechos con aguja. Modo de llevarlo: dispuesto envolviendo la figura desde el

* Para ampliar el estudio cultural de los hallazgos del cerro Los Tórtolas, se incluye el presente análisis realizado sobre la base de las fotografías publicadas por R. Naville: *Sanctuaires Incas dans la Cordillere des Andes*, Bull. de la Soc. Suisse des Américanistes N^o 16, Septiembre 1958, Ginebra. Son las mismas que se reproducen aquí. (N. del D.).



FOTO 2. — La estatuilla tallada en concha rojiza (largo 4 cm.) y sus elementos. (Ídem.)

cuello hasta más abajo de los pies. Envuelve la figura y está ceñida al cuerpo que rodea con un cordón de hilo retorcido.

Uncu (túnica): del formato común, tela recta doblada. Por su mitad y unida con costuras que forma por sí, por grosor y colores una decoración. El borde del cuello o pasa-cabeza, terminado con festón de colores, y lo mismo el borde de las mangas. Sobre el ruedo o borde inferior, un adorno de hilos dispuestos en zig-zag y en doble hilera es semejante a los adornos de la túnica que lucen las figuras del Cerro Gallan. Este uncu tiene la particularidad de estar trabajado de "franes" o escaques de dos colores; el dibujo logrado mediante la técnica de *kelim* o tramas cortas. Son siete cuadros en el borde inferior que disminuyen hacia arriba, pero llega hasta los bordes de la abertura para el brazo.

Bolsa coquera: hecha con técnica *warp face*, con franja central de otro color y de técnica en tipo de falda doble faz (estilo muy usado en el sud boliviano). El pasamanos de dos colores es de un tejido *warp face* flojamente tejido, y que sirve para asir la bolsa. Costuras de adorno, muy gruesas y anchas; evidentemente una pieza decadente, desde el punto de vista de la técnica textil.

Tocado: formado por un manojo de plumas reunidas por los cañones, que se afirma en la nuca y se despliega hacia la parte superior.

Cordel, retorcido de dos cabos. En él se atan por su base las plumas del tocado.

A través de las fotos y con el auxilio de la lupa se han determinado las técnicas textiles, cuya observación se impuso en razón de ser idénticas, prendas y técnicas, con otros ajuares de altura. Aún cuando no pueden incluirse todas las determinaciones del análisis requerido, resulta en este caso un testimonio fidedigno; y además, un nuevo eslabón para el estudio de los ajuares de altura.